

Escrito

Zoran Music

LOS OJOS DE LOS MORIBUNDOS ME ACOMPAÑAN SIEMPRE, AÚN HOY.

Como cientos de chispas aceradas, me perseguían mientras me habría paso por encima de ellos. Ojos brillantes que pedían ayuda en silencio a alguien que todavía podía caminar.

Eran las últimas semanas del campo y esos moribundos eran los remanentes de los transportes evacuados a pie, que venían de otros campos más alejados. Los que fueron traídos hasta ahí y no murieron en las rutas. A la noche, los que morían y los que se daban por muertos, eran amontonados en pilas como ramas de madera formando una hoguera. Una torre. Una torre alucinante que avanzaba, que gemía. Pero ese gemido, ¿no era acaso su último gemido?

Durante la noche había nevado. Estábamos en marzo. A la mañana siguiente, la torre no se movía. Vivíamos en un mundo alejado de todo lo que se podía llegar a imaginar. Un mundo absurdo, alucinante, irreal. En otro planera, sin duda. Con reglas extrañas. Un orden preciso, cruel, llevado al límite de la credibilidad. Quienquiera que tuviese el más mínimo nivel de poder podía aplastarte como a un gusano. Aceptabas esa realidad como si no existiera otra.

Temías igualmente el mundo exterior, el mundo inmediatamente fuera del campo. Era un mundo todavía más hostil. Nos dábamos cuenta por los que volvían apenas recapturados... Yo ya no pensaba con la mente del mundo normal.

Vivía en un paisaje cotidiano de muertos, moribundos, en una espera apática. Como de día estábamos en cuarentena, no podíamos quedarnos en el interior. Estábamos en medio del barro, expuestos al frío... Los cadáveres amontonados por doquier. Un esqueleto todavía de pie sostiene

la escudilla entre sus manos y busca un lugar para tomar su sopa. Encuentra un lugar libre sobre la cabeza de un cadáver. Bebe el líquido. No es espeso, pero al menos está caliente. Ni siquiera piensa en el lugar donde está sentado. En el lugar donde apoya su pedazo de pan hecho de aserrín y patatas.

Nosotros, de pie apoyados contra la pared, apretados unos contra otros como ovejas para mantener el calor, nos movemos a un ritmo lento. Un movimiento a la derecha, un movimiento a la izquierda, murmurando al compás una canción triste y monótona. Cuando te despiertas, cuentas los muertos a tu alrededor. Uno...dos...tres...arriba...abajo...al costado.

En la sala donde nos lavábamos, a lo largo de la pared, había más cadáveres apilados dada la imposibilidad de quemarlos enseguida. En invierno, rígidos y como congelados, te hacen compañía. En capas. Una hilera de cabezas para adelante, una hilera de pies salientes. Mi cerebro trabaja y actúa de una manera distinta. La lógica ya no tiene cabida. No queda ningún sentimiento de lástima hacia los muertos. Son objetos y, mañana, nos tocará estar en su lugar.

Esta convivencia con ellos desdramatiza el contacto. Todo pasa a ser normal. Una vida cotidiana donde se mueven, como en una bruma, las sombras y los fantasmas. Actúo como sonámbulo. Un esclavo, un autómatas que acepta ese teatro irreal, ese absurdo total, como algo inevitable.

Se te embota el cerebro. Durante las selecciones, te ponen a la izquierda - el horno- o a la derecha, la vida prolongada unos días o unas semanas más. Pero ya no ves si estás a la derecha o a la izquierda y además ya no te importa...

1944-1945

EMPIEZO, TÍMIDAMENTE, A DIBUJAR. Tal vez sea mi salvación. En el peligro, podría llegar a ser una razón para resistir. Primero, pruebo en el cajón de mi torno. Cosas vistas en el camino a la fábrica. La llegada de un transporte, el vagón de hacienda abierto, muertos cayendo de él. El viaje de un mes, tal vez más, sin comer, sin beber, encerrados herméticamente.

Algún sobreviviente enloquecido que grita con los ojos desorbitados. Todo en medio de un olor indescriptible a descomposición y suciedad. Más tarde, dibujo el campo. Los días pasan... Rápidamente, me invade el frenesí de dibujar. En las últimas semanas en el campo, el peligro de ser descubierto había disminuido un poco. En la fábrica, logro conseguir papel y tinta.

Dibujo como si estuviera en trance. Ataco las hojas de papel con una pasión enfermiza. Estoy como cegado por la grandiosidad alucinante de esos campos de cadáveres.

Vistos de lejos, parecían manchas de nieve blanca, plateada, sobre las montañas, manchas blancas de grupos de gaviotas posadas en la laguna, recortadas sobre el fondo oscuro de la tormenta a lo lejos.

Cuando dibujaba me aferraba a mil detalles. ¡Cuánta elegancia trágica en esos cuerpos frágiles! Los detalles tan precisos. Esas manos, esos dedos tan finos, esas bocas abiertas en su último intento por aspirar todavía un hálito de aire. Los huesos recubiertos de una piel blanca casi diáfana.

¡Cuánto celo por no traicionar esas formas finas, para llegar a plasmarlas tan preciosas como las veía, reducidas a lo esencial!

Me debatía entre un estado febril y una necesidad irresistible de dibujar para no dejar escapar esa belleza trágica y grandiosa. Vivía día a día. Mañana será demasiado tarde. Para mí, la vida y la muerte dependían de esas hojas. Pero ¿se verán algún día estos dibujos? ¿Podré mostrarlos? ¿Saldré vivo de aquí? Sabíamos que habían decidido destruir el campo, y a nosotros con él, con municiones incendiarias cuando se retiraran las S.S.

Yo me preguntaba: ¿por qué estoy aquí? Haber vivido todo esto, ¿tenía algún sentido, algún objetivo? Ese universo de la insensatez ¿era acaso un purgatorio? ¿Era para hacerme descubrir la verdad? Reducido a lo esencial, ¿comprendería hasta qué punto lo que había vivido hasta el momento era realmente inútil? Aprendía a ver las cosas de una manera diferente. Y en la pintura, más tarde, no puedo decir que todo cambió. Como reacción a los horrores, redescubrí mi infancia feliz. Los caballos, los paisajes dálmatas, las mujeres dálmatas, todo estaba desde antes. Pero después pude verlo de otra manera. Después de la visión de los cadáveres, despojados de todas las exigencias exteriores, de todo lo superfluo,

desprovistos de la máscara de la hipocresía y las distinciones con las que se cubren los hombres y la sociedad, creo haber descubierto la verdad. Creo haber comprendido la verdad. La verdad trágica y terrible que tuve que tocar con mi propia mano.

Los paisajes dálmatas retornaron, pero perdieron todo lo que tenían de más, de conocido. Se agregaron los paisajes sieneses -cadáveres despojados, martirizados por la intemperie. Esta gran lección me resultó muy útil, para la pintura al menos.

1944-1945

NECESITO ESA SOLEDAD, EL SILENCIO. Necesito quedarme inmóvil en esa naturaleza, en ese horizonte inmenso. Necesito estar así, en el Carso o en la montaña y sentirme un todo único con el paisaje.

En el fondo, lo que tengo ante mí no es nuevo. Es similar, diría idéntico a lo que traje conmigo, lo que siempre estuvo conmigo, probablemente desde mi infancia, que se desdibuja cada tanto y amenaza desaparecer. En ese momento, necesito un nuevo impacto, una ayuda, una nueva "visión", fortalecida y fresca, para reproducirlo.

Miro, entonces, el tiempo pasa, a veces horas. Comienzo a vivir esa naturaleza. Me parece que formo parte de este universo. Poco a poco, todo comienza a moverse a mi alrededor. Empiezan a pasar tantas cosas en ese silencio, cosas pequeñas, insignificantes. Pero para mí, son esenciales para poder pnerme a dibujar. Dibujo y observo lo que pasa a mi alrededor. Tango casi la impresión de estar aquí no para trabajar sino para maravillarme ante esa pequeña vida que me rodea. Todo eso crea una atmósfera indispensable, un estado de bienestar rayano a veces en la euforia. Esa sensación de felicidad tendrá que perdurar también después, en el taller, para transmitirse de los dibujos a la pintura. Me quedo sentado en un piedra, inmóvil. Poco a poco, todo empieza a vivir. Un puercoespín se aventura fuera de su arbusto, dos marmotas se acarician en la roda de enfrente, una alondra canta, sube al cielo y luego se lanza a pique y se

posa en la roca cercana. La mariposa que se aferró a mi lápiz no quiere irse. El tiempo pasa y tengo la impresión de verme en ese paisaje como un espejo. Me devuelve mi voz, y mi dibujo es como el eco de lo que ya proyecté contra esas rocas. Esa vida es importante para mí. Todo avanza en silencio. Me parece oír incluso cómo crece el pasto y no me doy cuenta de que me abandoné al ensueño.

1976-1980

Traducción de Cristina Sardoy